



## Índice

- Portada
- Citas
- Introducción
- I. La revolución digital y la abundancia de mano de obra
  - 1. Tecnología de uso general
  - 2. La gestión del exceso de mano de obra
  - 3. En busca de una esponja mejor
- II. La dinámica de la economía digital
  - 4. Las virtudes de la escasez
  - 5. La empresa como organismo de procesamiento de información
  - 6. El capital social en el siglo XXI
- III. El fracaso de la economía digital
  - 7. Patios de recreo del uno por ciento
  - 8. Hiperglobalización y el mundo que nunca se desarrolla
  - 9. El flagelo del estancamiento secular
- IV. De la abundancia a la prosperidad
  - 10. ¿Por qué los salarios más elevados son tan esquivos económicamente?
  - 11. La política de la abundancia de población activa
  - 12. Riqueza humana
- Epílogo
- Bibliografía recomendada
- Agradecimientos
- Abreviaturas
- Notas
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Un hombre ha de vivir siempre de su trabajo, y su salario debe al menos ser capaz de mantenerlo.<sup>1</sup>

Adam Smith, *La riqueza de las naciones*

*No os lamentéis por mí, amigos, no lloréis nunca por mí, porque a partir de ahora no volveré a hacer nada jamás.*<sup>2</sup>

Epitafio de una sirvienta, tradicional, citado en «Posibilidades económicas de nuestros nietos»,

de John Maynard Keynes, 1930

## Introducción

En enero de 2014, *The Economist*, la revista con la que colaboro, publicó un artículo mío acerca del futuro del trabajo en una era caracterizada por la rápida automatización. He aquí un fragmento:

Hace diez años, los economistas con conciencia tecnológica señalaron la conducción de un vehículo entre el tráfico como el tipo de logro humano que los ordenadores tenían pocas probabilidades de dominar. Hoy que los coches de Google circulan por California sin conductor nadie pone en duda que tal dominio sea posible. [...] En muchos lugares, en la década de 2030 o 2040, la existencia de un taxista será una rareza [...], una mala noticia para los periodistas, que encuentran en ellos la fuente más fiable de conocimientos y prejuicios locales.<sup>1</sup>

Poco después, un seísmo de escasa magnitud sacudió la ciudad de Los Ángeles a primera hora de la mañana. En cuestión de minutos, la primera noticia relativa al terremoto llegó a los teletipos:

El Servicio Geológico de Estados Unidos informa de un seísmo de escasa magnitud, 4,7 en la escala de Richter, registrado el lunes por la mañana a ocho kilómetros de Westwood, California. El temblor se produjo a las 6.25 de la madrugada, hora del Pacífico, a una profundidad de ocho kilómetros.

Lo destacable acerca de esta segunda noticia no es el contenido, sino su autor, un programa informático (Quakebot) desarrollado por un programador de *Los Angeles Times*.<sup>2</sup>

No existían similitudes notables entre mi artículo y el del robot. Para empezar, Quakebot es menos proclive a acariciarse la barbilla. Y mi reportaje era el producto de meses de investigación, informes y redacción, tiempo invertido en forjarme una opinión y elaborar un argumento que la sustentara. Además, contenía indicios reveladores de los intentos del autor por despertar el interés del lector. No obstante, ambos eran identificables como periodismo: inteligibles, gramaticalmente correctos e informativos. El periodismo seguramente sobreviva a la conducción en cuanto a profesión, aunque quizá no tantas décadas como a los escritorzuelos con los dedos manchados de tinta nos gustaría.

Además, la automatización no es la única amenaza a nuestro modo de vida que plantea la revolución digital. En la fecha en que escribo estas líneas, el valor ajustado por la inflación de la publicidad en la prensa escrita estadounidense ha descendido a unos niveles que no se veían desde 1950.<sup>3</sup> En breve podría alcanzar un mínimo histórico. Hablando en plata: pronto podría ser nulo.

La revolución digital está mostrando a los periodistas y a otros trabajadores del mundo rico qué comporta una transformación económica tectónica. Nos está obligando a meternos en la piel de nuestros tatarabuelos, los primeros que experimentaron la transmisión de la voz humana a través de un cable eléctrico, que fueron testigos de cómo el tiempo de viajar de una ciudad a otra lejana se reducía de semanas a horas y que se hallaron desplazados de sus trabajos como herreros o peones agrícolas por fantásticas tecnologías nuevas.

Todos hemos visto cómo la tecnología altera nuestra vida laboral. Los trabajadores de más edad recordarán la época en la que el empleo en una fábrica aún era bueno y fácil de encontrar, incluso para aquéllos sin demasiada formación. O tal vez recuerden un tiempo en el que las oficinas estaban abarrotadas de empleados que aporreaban sus máquinas de escribir y trajinaban portando pilas de docu-

mentos. Es más, el ritmo de cambio es tan acelerado que incluso la franja más joven de la población activa recuerda un mundo distinto. Servicios como Uber y Airbnb, prácticamente desconocidos a principios de esta década, están transformando la esencia de sectores que emplean a millones de personas. Productos como Slack, una aplicación de chat diseñada para facilitar la colaboración entre colegas, están alterando la comunicación dentro del entorno laboral y programas informáticos inteligentes capaces de enviar correos electrónicos a los contactos de la agenda y de encargar comida preparada participan en la conversación como si de colegas humanos se tratara.

En particular, el ritmo de cambio desorienta a los trabajadores de entre cuarenta y sesenta años, aquéllos cuyas décadas de experiencia como taxista o auxiliar administrativo de repente podrían volverse menos remunerativas o incluso carentes de valor en los años que les quedan antes de su jubilación prevista. Por su parte, quienes se incorporan a la población activa por primera vez apenas pueden confiar en que su formación tenga alguna valía a lo largo de toda su carrera profesional (si es que el término «carrera profesional» continúa siendo un concepto con algún significado dentro de medio siglo).

Mi ámbito laboral ha afrontado perturbaciones casi continuas durante el último par de décadas. La tecnología digital se cobró los empleos de muchas imprentas hace ya largo tiempo. Luego llegó internet, que ofreció a lectores de todo el mundo acceso gratuito a un torrente de noticias y análisis, socavando con ello el periodismo mediante suscripción, al tiempo que servicios como Craigslist pulverizaban los ingresos de la prensa obtenidos mediante la publicidad. En la actualidad, empresas como Facebook y Apple están lanzando canales de noticias «personalizados» que prometen ofrecer a los lectores los mejores artículos aparecidos en publicaciones de todo el planeta, minando con ello otra de las valiosas funciones que desempeñaban los

editores avezados. Como consumidor de noticias, este mundo me fascina; es más fácil que nunca leer periodismo brillante acerca de todo tipo de asuntos, sobre temas y desde perspectivas que en el pasado no habrían contado con demasiada cancha. No obstante, en tanto persona que se gana la vida escribiendo, la situación me inquieta bastante.

Nuestra preocupación no se circunscribe a la incertidumbre de si conservaremos el empleo en los próximos años. Quienes a día de hoy parecemos contar con estabilidad laboral podemos prever que el futuro no será tan boyante como en su día creímos. En las dos décadas pasadas, los salarios, ajustados por la inflación, apenas si han aumentado en un amplio espectro de países ricos, y en algunos sitios esta situación se prolonga desde hace incluso más tiempo.<sup>4</sup> Además, dicho estancamiento salarial ha ido de la mano de otras tendencias alarmantes. La repartición de beneficios canalizada hacia los trabajadores, frente a la que recae en los empresarios y propietarios inmobiliarios, se ha recortado.<sup>5</sup> Y, entre los trabajadores, se ha registrado un marcado ascenso de las desigualdades, a medida que una mayor proporción de los ingresos ha ido a parar de un modo asombroso a manos de quienes obtienen mayores rentas.<sup>6</sup>

En cambio, en las economías emergentes que registran un crecimiento acelerado, los salarios han ido en aumento. Ahora bien, incluso en estos casos las dos tendencias mencionadas, a saber: la concentración de los ingresos en manos de los propietarios de capital y en las nóminas de los trabajadores más ricos, son una fuente de preocupación creciente.

Y luego está el dato aleccionador del empleo. En Estados Unidos, la proporción de hombres adultos en plena edad laboral que en la actualidad trabajan o buscan empleo activamente se ha reducido de manera constante y, en

algunos casos, espectacular durante la última generación. Entre los hombres, la tasa de participación en la mano de obra descendió del 76 por ciento en 1990 al 69 por ciento en 2015.<sup>7</sup> Tal vez ese descenso no suene alarmante, pero corresponde a una diferencia de unos nueve millones de hombres. Quienes quedan excluidos del mercado laboral suelen ver cómo sus vidas cambian radicalmente. Atrapados en unas comunidades decadentes con pocas perspectivas, muchos de ellos luchan por encontrar un cometido y una satisfacción en la vida; de hecho, un estudio de investigación realizado recientemente revela un auge alarmante de la mortalidad desde finales de la década de 1990 entre los estadounidenses blancos de mediana edad, en su mayor parte atribuido a un aumento de los suicidios, la drogadicción y el alcoholismo. Los autores del estudio consideran que la inseguridad económica es un factor que contribuye a tal incremento.<sup>8</sup>

Esta tendencia no se limita a Estados Unidos ni puede achacarse sólo al envejecimiento y la jubilación. En Europa, uno de cada cinco adultos de menos de veinticinco años de edad está en paro.<sup>9</sup> En el conjunto de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), un doce por ciento de las personas de entre quince y veintinueve años no están escolarizadas ni empleadas. Algunas de ellas están involucradas en actividades ilegales o encarceladas; otras se pasan el día en los sótanos de sus padres jugando a videojuegos. Y lo mismo sucede con los desempleados de larga duración, muchos de ellos hombres mayores con escasa educación reglada que van a la deriva y a menudo beben para pasar el día y mantienen una conexión ínfima o nula con la sociedad en su conjunto.

Para muchísimas personas, el trabajo se ha convertido en un factor menos fiable y con frecuencia menos remunerativo de su seguridad material, situación que ha derivado en que personajes populistas como Donald Trump o Marine

Le Pen lleguen a la política y en que libros sobre economía planteados desde un punto de vista sesgado, como *El capital en el siglo XXI*,<sup>10</sup> de Thomas Piketty, un análisis sobre la desigualdad mundial publicado en 2014, se transformen en superventas que vuelan de las estanterías de las librerías. Un empleo no es sólo un medio de obtener los recursos necesarios para llevar el pan a la mesa. Es también una fuente de identidad personal. Contribuye a estructurar nuestros días y nuestras vidas. Ofrece la posibilidad de la plenitud personal que conlleva ser de utilidad para otras personas y una parte esencial de la argamasa que mantiene unida la sociedad y facilita su funcionamiento. En el transcurso de la última generación, el trabajo se ha vuelto cada vez menos eficaz en el desempeño de estas funciones. Y ello ha redundado en una mayor presión para los servicios y presupuestos gubernamentales y ha contribuido a unas políticas más venenosas y menos generosas. Entre tanto, el progreso tecnológico continúa avanzando, tensando aún más la cuerda.

## Causas de la abundancia de la mano de obra

La revolución digital altera el empleo en tres modos. El primero es mediante la automatización. Las nuevas tecnologías están reemplazando a determinados trabajadores, desde oficinistas hasta soldadores, y reemplazarán todavía a más en el futuro, como conductores y asistentes jurídicos. El grado de destreza de las máquinas aumenta y cada vez se programa software más inteligente, mejoras que están ampliando el conjunto de tareas humanas que pueden automatizarse de manera barata.

En paralelo, la revolución digital ha sobrealimentado una segunda fuerza: la globalización. A las empresas occidentales ricas les habría resultado casi imposible gestionar las enormes cadenas de distribución globales que envolvie-

ron el mundo en los pasados veinte años sin las potentes tecnologías de la información. Y si bien China y otros mercados emergentes podrían haberse integrado aún mejor en la economía mundial aunque empresas como Apple no hubieran diseminado la producción alrededor del planeta, tal crecimiento habría sido muchísimo más lento y menos espectacular.

En lugar de ello, el empleo mundial aumentó en más de mil millones de puestos de trabajo en la última generación, la mayoría de ellos en las economías emergentes.<sup>11</sup> En dichas economías, la población activa, en su conjunto, está menos preparada que en el mundo rico; de ahí que su incorporación a la economía mundial haya afectado más hondamente al sector de la fabricación semicualificada y a los empleos administrativos que a los profesionales cualificados. Pero no necesariamente seguirá siendo así; el mundo en desarrollo acoge a millones de ingenieros, médicos, economistas y otros profesionales tan capaces de servir a sus clientes como sus homólogos en Estados Unidos y Europa.

En tercer lugar, la tecnología impulsa de manera espectacular la productividad de algunos trabajadores altamente cualificados, a quienes permite desempeñar el trabajo que previamente habría sido preciso distribuir entre varias personas. La tecnología facilita a equipos reducidos de gestores de capitales manejar fondos gigantescos. Y cada vez hay más instructores de primera línea que confeccionan cursos a los que pueden asistir cuantas veces lo deseen millones de alumnos, sustituyendo con ello en potencia a centenares o incluso miles de profesores. Las nuevas tecnologías están posibilitando asimismo que menos personal médico y de enfermería consulte y trate a muchos más pacientes, que menos abogados revisen incontables pruebas más relacionadas con casos judiciales y que menos investigadores tamicen las ingentes cantidades de datos y comprueben un mayor número de hipótesis con más celeridad.

Esas tres tendencias, la automatización, la globalización y el aumento de la productividad de un número reducido de profesionales altamente cualificados, se están combinando para generar una abundancia de mano de obra: un exceso de humanos. En la lucha por digerir este océano de posibles trabajadores de unas dimensiones sin precedentes, la economía global está fracasando de manera preocupante. Ya no es posible confiar en que la institución del trabajo, la otra pieza esencial de la infraestructura social, aparte de la familia, colme las funciones esenciales de los seres humanos: desde la ordenación de nuestros días hasta la distribución del poder adquisitivo o el refuerzo de los lazos sociales, que se nutren cuando las personas sienten que realizan aportaciones positivas a la comunidad.

## **La dificultad de gestionar la superabundancia de mano de obra**

Afirmar que la humanidad tiene demasiados trabajadores equivale a desafiar un dogma fundamental de la economía. Se supone que la mano de obra no funciona así.

Cuando alguien sugiere que hay demasiadas personas en el mundo para hacer el trabajo que la sociedad necesita, se dice que está bajo la influencia de la falacia de la «carga de trabajo»: la concepción de que la cantidad de trabajo que existe, o la carga, es limitada. Esta concepción deriva en políticas como las diseñadas para reducir la edad de jubilación con el fin de crear más empleo para los jóvenes. Si comulgamos con esta teoría básica, entonces debería preocuparnos, y mucho, el auge de las máquinas.

No obstante, la mayoría de los economistas son de la opinión de que la economía funciona de un modo harto distinto. En ocasiones invocan la «Ley de Say», planteada por el economista francés del siglo XVIII Jean-Baptiste Say,<sup>12</sup> que a menudo se resume en la frase «no hay demanda sin

oferta». Así, cuando los trabajadores de mayor edad permanecen durante más tiempo en sus puestos laborales, ganan más dinero y, cuando lo gastan, generan demanda de otros bienes y servicios, lo cual conlleva la creación de empleos que abastezcan esos bienes y servicios. En lo que respecta al ahorro en mano de obra asociado al cambio tecnológico, los economistas consideran que cuando una persona pierde un empleo frente a una máquina, ello supone un ahorro para alguien, sea un empresario o el público, en forma de precios reducidos. Esto, a su vez, permite gastar más dinero en otras cosas y ese gasto debería crear empleos para los trabajadores desplazados.

Se cree que esta redistribución mágica sucede gracias a las maravillas de la flexibilidad de precios y salarios. Una persona desempleada que busca trabajo es como un comerciante que vende un producto. Si el comerciante no es capaz de vender sus artículos, significa que su precio es excesivo y, por ende, le quedan dos opciones: o mejorar la calidad del producto o rebajar su precio.

Pongamos por caso un artesano textil del siglo XIX, un trabajador moderadamente cualificado que se había ganado la vida de manera decente antes del advenimiento de las fábricas de la competencia. Pongamos que cobraba tres dólares a la semana como artesano autónomo. Entonces se instala una fábrica con capacidad para producir como churros prendas de ropa empleando a mano de obra no cualificada por un dólar y medio a la semana. El artesano continúa intentando vender sus artículos durante un tiempo, pero acaba dándose por vencido. Las prendas producidas en serie son demasiado baratas, y él no es capaz de vender suficientes artículos a un precio más caro para mantenerse a flote. Resignado, se dirige a la fábrica y se ofrece para trabajar a tres dólares a la semana. El capataz, por supuesto, se burla de su oferta y lo despide con cajas destempladas. Y el trabajador regresa a su hogar desilusionado, convertido en una víctima desempleada por la tecnología.

Quizá el trabajador se dedique a holgazanear un tiempo, haciendo el equivalente decimonónico de ver la televisión durante el día, con la esperanza de que un meteorito impacte en la fábrica. Cuando empieza a quedarse sin dinero, visita otras fábricas para comprobar si por casualidad les interesa contratar a alguien con su formación por tres dólares a la semana. Pero, para que se lo considere un parado, un trabajador debe mostrarse activamente interesado en encontrar un empleo y, si ese interés es real, al final acabará cayendo en la cuenta de lo que debe hacer. Durante sus visitas a varias fábricas habrá notado que algunas de ellas estaban contratando a ingenieros por un salario de cinco dólares a la semana para mantener el equipamiento. De manera que puede invertir su tiempo y recursos en adquirir los conocimientos para conseguir un empleo de cinco dólares a la semana o aceptar el dólar y medio por semana y encontrar un puesto entre los obreros de planta no cualificados.

Los economistas no creen en el problema de la carga del trabajo, la idea de que haya un número finito de empleos en ninguna economía. Sin embargo, sí que aceptan la grave perturbación que entraña para el obrero individual ser desplazado por las nuevas tecnologías. Esa persona tiene dos opciones: aprender a vivir con un salario inferior o encontrar un modo de adquirir formación más valiosa. Por descontado, la facilidad con la que se realizan tales transiciones depende en gran medida de cuántas personas estén interesadas en efectuarlas de manera simultánea. Es más fácil volver a capacitar a varios centenares de trabajadores que a varios millones. El proceso de contratación lleva su tiempo y, cuando el número de solicitudes por vacante se dispara, los empresarios pueden permitirse ser selectivos. Acabarán apareciendo empresas a las que se les hayan ocurrido nuevos modos de aprovechar esa inmensa reserva de obreros infraempleados como mano de obra barata, una oportunidad para la producción, pero se trata de un proce-